

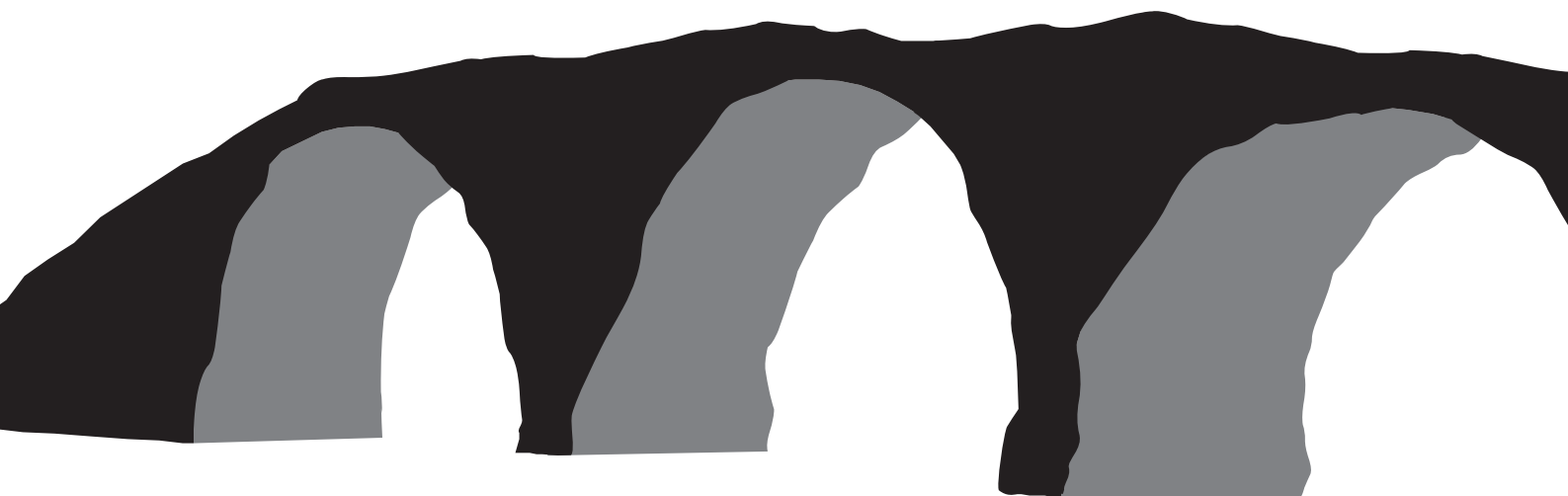
VESTÍGIOS – Revista Latino-Americana de Arqueología Histórica

Volume 2 | Número 2 | Julho – Dezembro 2008

ISSN 1981-5875

**MÚLTIPLES VOCES EN LAS PRÁCTICAS
DE LA TOILETTE EN EL BUENOS AIRES DEL SIGLO XIX**

Romina Carla Rigone



MÚLTIPLES VOCES EN LAS PRÁCTICAS DE LA TOILETTE EN EL BUENOS AIRES DEL SIGLO XIX

Romina Carla Rigone*

RESUMO

Minha intenção neste trabalho é elaborar uma narrativa onde se consideram as diferentes vozes em relação às práticas da *toilette* no Buenos Aires do século XIX. A construção de uma narrativa polifônica permite elaborar uma melhor interpretação a respeito de um passado que se realiza no presente. Neste trabalho, a polifonia mostra a convivência de diferentes vozes dentro de um mesmo grupo social, num momento de mudança ante a incorporação de novas práticas.

RESUMEN

Mi intención en este trabajo es elaborar una narrativa donde se consideren las distintas voces que refirieron a las prácticas de la *toilette* en el Buenos Aires del siglo XIX. La construcción de una narrativa polifónica permite obtener una mejor interpretación del pasado en el presente. En este caso, la polifonía muestra la convivencia de múltiples voces dentro de un mismo grupo social —específicamente, en un momento de cambio frente a la incorporación de nuevas prácticas.

ABSTRACT

My purpose in this paper is to develop a narrative comprising different voices with relation to *toilette* practices in Buenos Aires in the nineteenth century. Building a polyphonic narrative allows a better interpretation of the past that is realized in the present. In this paper, polyphony shows the co-occurrence of different voices inside one social group, at a moment of change due to the introduction of new practices.

* Departamento de Investigaciones Prehistóricas y Arqueológicas, IMHICIHU. Saavedra 15, 5° piso (1083), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. rominarigone@hotmail.com

INTRODUCCIÓN

Cuando me propuse estudiar las nuevas prácticas de la *toilette* en el Buenos Aires del siglo XIX hallé información variada sobre la época. En una nota del *Correo de Domingo* del 18 de junio de 1885 se sostenía que “...tanto polvo, barniz y cosmético como se aplican en el rostro (...) descompon[e] la verdadera hermosura (...), la única moda que no envejece ni arruina, es la sencillez y la naturalidad” (Saulquin 1997:231). Pero sólo una semana después, en el mismo periódico se podía leer que “ya no hay mujeres feas en el teatro y en los paseos, sus defectos se quedan para las horas de vestirse” (Saulquin 1997:231).

A partir de estas lecturas, me formulé preguntas como: ¿qué decisión debía tomar?, ¿cuál de estas posturas debía considerar como correcta?, ¿era necesario elegir una o podía incluir ambas en mi escrito?, ¿cómo debía interpretar estas distintas visiones? Mi intención en este trabajo es elaborar una narrativa donde se consideren múltiples voces, dado que “...contar una historia es más que un estilo de presentación; es una manera de conocer” (Yamin 1998:84, en Joyce 2006:60, la traducción es mía). Teniendo en cuenta esta idea, retomo el concepto de polifonía propuesto por Rosemary Joyce (2006) para crear multivocalidad en los escritos de la arqueología histórica. Desde este enfoque, la construcción de una narrativa donde se contemplen diversas voces permite elaborar una mejor interpretación sobre el pasado en el presente. Esto es particularmente importante al estudiar momentos de cambio en que la incorporación de nuevas prácticas —y la falta de un discurso oficial que las legitime o las condene— hace que los individuos tengan diversas posturas sobre su validez.

LOS ESCRITOS EN ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA

En la teoría literaria, la narrativa es definida como la representación de eventos imaginarios o reales mediante el lenguaje escrito (Genette 1976). Desde una perspectiva histórica, la narrativa no constituye una narración neutra de sucesos reales. Por el contrario, comprende una forma discursiva que supone una postura ideológica. Según White (1984, 1992), lo que distingue las narrativas de ficción de las narrativas históricas no es la forma (ya que ambas son narrativas), sino el contenido. En el primer caso, el contenido son hechos imaginarios; es decir, inventados por el narrador. En el segundo, el contenido son hechos reales; o sea, aquéllos que sucedieron efectivamente. En este sentido, el acontecimiento real no refiere a la distinción entre verdadero y falso, sino a la distinción entre real e imaginario (White 1984, 1992).

Entonces, la construcción de una narrativa histórica implica que los acontecimientos narrados sean reales (en contraposición a imaginarios), sean presentados en un orden discursivo según la secuencia cronológica en que se produjeron, y sean narrados en un orden de significación. A través de la narrativa

se transforman en relato diversos acontecimientos, agentes y acciones históricas. La narrativa se construye a partir de un conjunto de acontecimientos que dejan fuera del relato otros que pudieron ser igualmente incluidos (White 1992). De este modo, “...*la narrativa histórica es un relato representado como el de un hablante aparentemente objetivo que cuenta lo que realmente sucedió en un orden cronológico representado como causa y efecto*” (White 1987:2-3, en Joyce 2006:51, la traducción es mía).

La particularidad de los trabajos de la arqueología histórica reside en la forma en que están escritos (Joyce 2006). Para crear sus narrativas, los arqueólogos históricos pueden combinar escritos, historias orales y cultura material. Aunque estas líneas de evidencia suelen utilizarse de forma independiente, su integración permite interpretar el pasado de forma más rigurosa. Entre estos registros no sólo pueden identificarse superposiciones, sino también distintas visiones del mundo (Wilkie 2006). Del mismo modo en que no existe una única voz en el pasado, tampoco existe una sola historia a ser contada en el presente. Desde esta perspectiva, los escritos son objetos producidos por razones determinadas en contextos históricos específicos (y no simples fuentes de información). Teniendo en cuenta que no existen técnicas de escritura objetivas, todos los escritos (incluyendo los que producen los arqueólogos históricos) pueden ser considerados narrativas; es decir, actos de comunicación (Joyce 2006).

Entiendo que las contradicciones no sólo se producen entre distintas líneas de investigación, sino también dentro de cada una de ellas. Los escritos utilizados para generar datos e interpretaciones históricas fueron elaborados por individuos que vivieron en contextos políticos, sociales y económicos específicos. Estos autores no pueden ser considerados simples observadores externos, ya que una variedad de factores—como su posición social y otras características personales—influyeron sobre sus opiniones. Sin embargo, el reconocimiento de su subjetividad no demanda que sean ignorados. Ellos pueden brindar información relevante sobre las formas de pensar de una época determinada.

Rosemary Joyce (2006) propone la utilización de múltiples voces con el fin de crear multivocalidad en nuestros escritos. La autora retoma dos conceptos desarrollados por Mijail Bajtín: heteroglosia y polifonía. La heteroglosia, definida como “...*el lenguaje estratificado de ese tiempo y lugar...*”, es introducida cuando se utiliza una multiplicidad de lenguajes (Joyce 2006:57, la traducción es mía). Cuando los arqueólogos combinan en sus obras textos contemporáneos, narraciones del pasado, términos técnicos, expresiones coloquiales y citas textuales podemos hablar de heteroglosia. Al introducir heteroglosia, se crea polifonía. Según Mijail Bajtín, la polifonía es la multiplicidad de voces que resulta del uso de distintos lenguajes (Joyce 2006). Al utilizar voces independientes, los textos polifónicos muestran la presencia de diversas opiniones. Las mismas

coexisten en el texto, en lugar de ser reducidas a una única voz (Burke 2004). A través de la polifonía, los sujetos del pasado se hacen presentes en nuestros trabajos. En el caso de la arqueología histórica, los individuos no sólo se tornan presentes mediante sus escritos. También lo hacen mediante los objetos que utilizaron. Por este motivo, la cultura material constituye otra de las voces que debe ser incluida en las investigaciones (Joyce 2006).

Los escritos analizados por los arqueólogos históricos proveen información sobre distintos acontecimientos y el modo en que fueron relatados. El significado que los individuos otorgaron a un momento determinado no tiene por qué coincidir con el que los arqueólogos comúnmente le dieron en sus trabajos (Joyce 2006). La introducción de heteroglosia y polifonía en las investigaciones permite integrar diversas voces y narrar múltiples historias (en lugar de una sola, considerada como la más representativa). Ello resulta particularmente importante cuando se estudian períodos de cambio en los que confluyen una amplia gama de posturas.

MÚLTIPLES VOCES EN LAS PRÁCTICAS DE LA TOILETTE EN EL BUENOS AIRES DEL SIGLO XIX

Durante el siglo XIX, Buenos Aires se caracterizó por su ritmo acelerado, su apertura al exterior, su enriquecimiento y su constante apego a la simulación social (Devoto y Madero 1999). En este período, pasó de ser un espacio casi rural a uno marcadamente urbanizado. De esta manera, se convirtió en una ciudad próspera y progresista, la más europeizada de la Argentina (Romero 1983). Pero debido a la discontinuidad entre el mundo colonial y el independentista, sólo contó con un límite difuso entre lo público y lo privado (Cicerchia 1998). Por lo general, los investigadores conectan el escenario público con lo visible y la esfera del Estado. Mientras tanto, vinculan el ámbito privado con la intimidad y la privacidad; es decir, con la esfera de los individuos (Devoto y Madero 1999).

Buenos Aires experimentó diversas formas de relación entre estos espacios. Durante las últimas décadas del Virreinato del Río de La Plata (creado en 1776), se produjo una creciente privatización de la vida de las personas. Sin embargo, este proceso fue detenido —y en cierto modo revertido— por la Revolución de Mayo de 1810 (Devoto y Madero 1999). La demarcación exacta entre lo público y lo privado no existió hasta fines del siglo XIX, cuando el nuevo Estado —mediante su estructura política, administrativa, jurídica y educativa— comenzó a definir y organizar estos escenarios. En este contexto, las funciones que anteriormente habían sido ejercidas por los individuos se desplazaron hacia el ámbito público y se convirtieron en políticas. Más que contraponerse, lo público y lo privado se vincularon entre sí, ya que lo público se definió en relación a lo privado y —a su vez— lo privado sólo pudo definirse en relación a lo público. Finalmente, lo

público y lo privado –como dos espacios de interacción– relacionaron lo visible del Estado con lo íntimo del individuo (Devoto y Madero 1999).

La sociedad del siglo XIX era muy heterogénea. En el caso de Buenos Aires, coexistieron dos grupos bien diferenciados. Por un lado, se encontraba la élite conformada por hacendados, comerciantes y militares que contaban con poder político y económico. Por otra parte, se hallaban los trabajadores urbanos que comprendían pequeños comerciantes, artesanos, jornaleros y peones (Alonso *et al.* 1994). Dentro de cada grupo social, sus miembros compartían ideas y prácticas que les permitían auto-identificarse y diferenciarse de los demás (Devoto y Madero 1999). Dado que en aquel momento Europa era sinónimo de modernidad, hacia allí se dirigieron las miradas de los sectores acomodados de Buenos Aires. Con la intención de imitar las formas de vida de las nuevas burguesías de París, la élite local empezó a adquirir productos importados de Europa, produciéndose un incremento en los hábitos de consumo de este grupo social (Romero 1983).

La élite incorporó ciertos ideales con el objetivo de construir, afianzar y ampliar las distancias sociales. Estas circunstancias produjeron que las diferencias se tornaran fácilmente visibles desde el exterior. El proceso de auto-identificación de la élite se basó en el consumo de bienes suntuarios y un nuevo ideal de belleza femenina, que podía ser alcanzado mediante el uso de maquillaje y cabello rubio, entre otras cosas. Así se produjeron divergencias en las prácticas y niveles de consumo de distintos grupos sociales (Devoto y Madero 1999). En este proceso, la élite se constituyó y legitimó a sí misma mediante prácticas e ideas de origen europeo (Myers 1999).

Una de estas prácticas fue la moda, que no sólo incluyó la vestimenta sino también el arreglo de la *toilette*. A pesar de ser considerados triviales y superfluos, los cambios impulsados por la moda constituyen hechos sociales que afectan diversos aspectos de la realidad. Ello se debe a que conectan el poder económico, las diferencias sociales y las transformaciones del cuerpo. La moda puede funcionar como un signo de comunicación. Por este motivo, puede organizar las jerarquías sociales, y demarcar notoriedad y prestigio. Por un lado, la moda se relaciona con la distinción individual; por el otro, con la pertenencia a un grupo o clase. En tanto varía con los ideales de cada cultura, la moda puede contribuir con la configuración de las relaciones sociales (Croci y Vitale 2000; Saulquin 1997).

Si bien durante el siglo XIX coexistieron distintos grupos en la ciudad de Buenos Aires, sólo fueron los miembros de la élite quienes pudieron escribir y leer sus propias ideas en los medios de difusión. Estas personas también accedieron en mayor proporción a los nuevos productos disponibles en el mercado. Ello se debió a que contaron con el poder adquisitivo necesario para hacerlo, y a que el consumo de ciertos bienes les permitió legitimar su status social y/o seguir una determinada moda (Rigone 2006).

Las prácticas de la *toilette* fueron introducidas en Buenos Aires mediante diversos productos –como cosméticos y perfumes– suministrados por las nuevas industrias, y el comercio francés e inglés que abastecía el mercado local (Romero 1983). El uso de estos artículos, asociados a un nuevo ideal de belleza, fue publicitado en distintos periódicos y revistas del siglo XIX. Paradójicamente, estos mismos medios también fueron utilizados para condenar esas prácticas. A pesar de lo descrito, el uso de productos de la *toilette* logró incrementarse y diversificarse a lo largo del tiempo (Rigone 2007).

Durante el siglo XIX, los cosméticos se dividían en tres clases “*Á la primera clase corresponden los cosméticos usados para conservar la frescura y la flexibilidad del cutis; á la segunda los que se emplean para restituir al cutis la firmeza perdida; á la tercera los que tienen por objeto prestar al cuerpo encantos ó apariencias de que carece*” (Mellado 1855:459).

Los elementos que supuestamente formaban parte de la primera clase eran, entre otros, lociones perfumadas y aceites aromáticos. A ellos se les atribuía efectos positivos, ya que no eran considerados dañinos. Los productos de la segunda clase no respondían a esta definición. Ellos incluían infusiones, líquidos espirituosos, vinagres y decocciones aromáticas cuyo objetivo era quitar manchas de la cara, borrar arrugas y hacer crecer el cabello. Los artículos de la tercera clase también eran considerados perjudiciales, y comprendían productos destinados a colorear el rostro y teñir el cabello (Mellado 1855).

Para “colorear” el cutis existían polvos de arroz, ladrillo molido y riz, *veloutine*, y brillantina –que también se usaba para los labios (Calzadilla 1944). No sólo las mujeres empleaban estos artículos; los hombres también se aplicaban cosméticos para retorcerse el bigote, así como pomadas, ungüentos y aguas para evitar la calvicie, las canas y la caspa, entre otros (Camacho 1864; Carretero 2000; Pégola y García Puga 2002).

Uno de estos productos fue encontrado en contextos domésticos de Buenos Aires¹ y otras ciudades del continente americano (Andrade Lima 1996; Toulouse 1970). Se trataba del “...*aceite de Macasar (...) [para el pelo], muy á la moda entonces*” (Quesada 1942:118). Este artículo fue inventado por la firma Alexander Rowland & Son (calle Hatton Garden 20, Londres) hacia principios del siglo XIX. Con el objetivo de publicitarlo, Rowland hijo escribió en 1809 *An Essay on ... the Human Hair, with Remarks on the Virtues of the Macassar Oil*. Este ensayo explicaba las virtudes del producto (un aceite vegetal proveniente de la isla de Macasar, actual Indonesia) para fortificar, engrosar y preservar el cabello ante la caída y pérdida de color en mujeres y hombres (Strachan 2007). El aceite de macasar

¹ Los productos de la *toilette* incluidos en este trabajo pertenecen a la colección del Banco Central de la República Argentina. La excavación fue realizada en Buenos Aires, en lo que fuera la vivienda de la familia Anchorena. Sus integrantes pertenecían a la élite terrateniente burguesa, por lo que contaban con un nivel social elevado y un alto poder adquisitivo (Weissel et al. 2000).

se vendía en botellas cuadradas con inscripciones que referían al contenido, así como al nombre y dirección de sus productores. Aunque el principal componente de la fórmula eran las flores de alazor (*Carthamus tinctoria*) y no de macasar, su uso se extendió hasta la época victoriana (Dweck 2002). La gran popularidad del producto durante todo el siglo XIX puede ser evidenciada en la obra de dos escritores británicos como Lord Byron y Lewis Carroll, quienes lo mencionaron en *Don Juan* (Mozer 2005) y *A Través del Espejo* (Carroll 1984) respectivamente.

Las prácticas de la *toilette* se realizaban dentro del contexto doméstico; específicamente, en el “tocador”: un mueble con espejo sobre el que se apoyaban los frascos utilizados durante el arreglo personal. El tocador se encontraba en el dormitorio o en una habitación especialmente destinada a este fin (Mellado 1855). El uso de cosméticos y perfumes se asociaba con la exhibición de la nueva moda en ámbitos privados –reuniones y tertulias en casas de familia donde se conversaba, cantaba y bailaba– y públicos –teatros y paseos por la alameda (Cicerchia 1998; Myers 1999).

Las prácticas de la *toilette* eran adoptadas por un sector de la población, mientras otro grupo las condenaba y recordaba un pasado mejor en que “*Aún no había hecho su aparición ese conjunto de lociones, de polvos, de ahuecadores, cosméticos, etc., etc., de la toilette francesa (...). Así, eran objetos de burla y de mofa las que se coloreaban el rostro*” (Calzadilla 1944:135). Sin embargo, esta sanción negativa no impidió que su uso se acrecentara y que, para fines del siglo XIX, “[l]os cosméticos ya est[uvieran] diabólicamente en la moda” (Saulquin 1997:231).

La opinión propagada durante el siglo XIX fue que el uso de productos de la *toilette* no sólo era una práctica artificial, sino también dañina. A través de la misma, las mujeres se presentaban con “...sus caras llenas de afeites (...) [con] fisonomías enrojadas con ingredientes venenosos sobre los cuales resaltaban desagradablemente las narices empolvadas y los ojos dilatados por una sombra que al aumentar su tamaño les quita[ba] toda la gracia de su expresión natural” (Saulquin 1997:232). Sin embargo, no todas las personas estaban de acuerdo con esta postura.

Tampoco existía demasiado consenso sobre la adopción de estas prácticas por parte de los hombres. En el periódico *Iris* de 1833 se sostenía que “[l]o que es sumamente reprehensible, es que se haya introducido en los hombres el cuidado del afeite, propio hasta ahora privativamente de las mujeres” (Verdevoye 1994:317). Mientras tanto, en el gacetín *La Moda* de 1838 se consideraba que “...arreglar la toilette (...) es lo que constituye un verdadero paquete, un hombre elegante...” (Alberdi 1838:3). Finalmente, en *La Revista de Buenos Aires* de 1864 se planteaba que “...el polvo femenino forme el primer adminículo del femenino tocador, que al fin es menos malo el inocente polvo femenino que las aguas de Batchelor y otros menjunjes con que se embadurnan el pelo los hombres” (Camacho 1864:628).

En cuanto a los perfumes, si bien se consideraba que las mujeres eran más

proclives a utilizar una mayor variedad de ellos, incluso los hombres poco afectos a su uso poseían al menos uno (Mansilla 1955). Los perfumes venían en frascos y pequeñas botellas de vidrio que contenían distintas fragancias. Los envases más comunes eran geométricos, tenían menos de 15 cm de alto y se cerraban con tapones de corcho y/o vidrio. Las técnicas utilizadas para su decoración incluían tallado, grabado y labrado. A mediados del siglo XIX, se pusieron en boga los frascos fabricados con dos envases soldados por la base. Al quedar un contenedor dentro del otro, se intentaba evitar que el perfume se evaporara con facilidad (Munsey 1970).

A pesar de que la mayoría de los productos utilizados para la *toilette* se producían en Francia e Inglaterra, el agua de colonia —de origen alemán— fue célebre durante el siglo XIX (Corbin 1987). La fórmula original fue creada en 1709 por Giovanni Maria Farina (1685-1766), un químico y comerciante italiano de la ciudad de Colonia (en ese entonces, perteneciente al Imperio Prusiano). El principal ingrediente del producto era el alcohol, utilizado para disolver extractos florales y esencias cítricas de naranja, limón, pomelo y bergamota. La gran reputación obtenida por la colonia —empleada por los miembros de las principales casas regentes europeas— motivó que otros perfumistas intentaran imitarla. Sin embargo, la familia Farina recibió el título de fabricante oficial. Los frascos de esta agua de colonia eran de buena calidad, pero no eran considerados piezas ornamentales (Sullivan 1994). Este producto circuló en la ciudad de Buenos Aires, donde “...se vendía agua de Colonia legítima en frascos de los largos particularmente...” (Mansilla 1955:191).

Aunque los perfumes se utilizaban con la intención de oler bien, no todos los individuos opinaban de forma favorable sobre sus resultados. Llegado este punto, vale la pena considerar el siguiente pasaje citado por Mansilla (1955:96-97):

“Hay olores inolvidables (...) Un monsieur de Lerminier, que estuvo en el Río de la Plata (...) del gobierno francés, se encontró inopinadamente en París algunos años después con mi hermana Eduardita (...)

-¡Cómo me acuerdo de su país!, doña Eduarda; lo extraño mucho, muchísimo.

-¿De veras?

-Sí, se lo digo con toda verdad; aquel olor delicioso, sobre todo, inolvidable.

-¿Aquí en París, donde los perfumes son exquisitos?

-Nada como el de allá.

Picada de curiosidad:

-¿Pero qué olor?

-¿Usted permite, doña Eduarda?

-Y cómo no.

-El olor a *catinga*”².

² De origen guaraní, se empleaba en el Río de La Plata para referirse al “olor fuerte y desagradable de algunos animales y plantas” y al “olor típico de los negros” (Coromiras & Pascual 1980:924).

Uno de los exquisitos perfumes franceses que circularon por Buenos Aires fue Monpelas/Parfumeur/A Paris (Rigone 2006). Este producto fue creado en 1830 por Monpelas, un perfumista de la calle Saint-Martin de París (Décembre y Allonier 1868). Monpelas compitió en la categoría “perfumería” en 4 exposiciones francesas. Allí se le otorgó una mención de honor en 1839, una medalla de bronce en 1844, una medalla de plata en 1849 y, finalmente, una medalla de primera clase en 1855. En sólo pocos años consiguió alcanzar cierta fama entre los consumidores y los perfumistas, posicionando sus productos en un nivel de excelencia (Robin 1855). Un protagonista del siglo XIX menciona que en su niñez en la provincia de Córdoba (especialmente, entre los años 1863 y 1874) un comerciante fue apodado “Monpelas” por recomendar constantemente la perfumería de este nombre en Francia (Maldonado 1939).

Si bien los perfumes formaban parte de las prácticas de la *toilette*, los mismos no eran sancionados de igual forma que los cosméticos. Se pensaba que el uso de cosméticos era una práctica que quitaba naturalidad al rostro. Pero los perfumes, fabricados con extractos florales y frutales combinados con alcohol, no eran considerados artificiales. Tal vez, ello se debía a que eran utilizados para ocultar los olores del cuerpo –que sí eran considerados desagradables.

Durante el siglo XIX, el nuevo ideal de belleza no fue compartido por todos los miembros de la sociedad –ni siquiera por todos los miembros de un mismo grupo. Algunos individuos pertenecientes a la élite condenaron el uso de algunos productos de la *toilette* en diarios y revistas; mientras otros los utilizaron. De este modo, existieron diferencias en las opiniones y prácticas de las personas. Las prácticas de la *toilette* fueron impulsadas por la industria europea, los comerciantes extranjeros y locales, el mercado, el consumo y los usuarios. La adquisición de productos extranjeros se asociaba con la ausencia de industrias locales, la creación de un mercado de productos extranjeros y la intención de la élite porteña de imitar el estilo de vida de la burguesía europea.

Finalmente, se estableció una diferencia entre los individuos que podían acceder a los productos porque contaban con el poder adquisitivo para hacerlo, y los que no. En este sentido, es posible interpretar que los miembros de la élite se diferenciaron del resto de la sociedad utilizando artículos de la *toilette* como marcadores de distinción y exhibición. Más que relacionarse con un mandato social, el uso de cosméticos y perfumes formó parte de la moda de la época. A pesar de ser una práctica individual, el arreglo personal tuvo como finalidad agradar a los demás en el marco social. A partir de ello, se convirtió en un espacio en el que cada individuo pudo llegar a ser él mismo, eligiendo qué hacer y qué usar más allá de las posturas negativas sobre el tema.

CONCLUSIÓN

Los escritos aportaron diversas formas de entender las prácticas de la *toilette* en la ciudad de Buenos Aires durante el siglo XIX. Al ser de dominio público y tener mayor difusión que otros documentos, los diarios y revistas permitieron reconstruir lo “cotidiano” y las opiniones que distintas personas tuvieron al respecto. Específicamente, los avisos publicitarios aparecidos en periódicos suministraron información sobre la variedad y los tipos de productos que circularon en el mercado local.

Es interesante notar el énfasis con que las publicidades de la época instaron a comprar marcas legítimas u originales. Ello se debía a que ciertos productos muy populares fueron imitados por otros fabricantes. En este escenario, las inscripciones de los frascos se volvieron importantes. Las mismas referían al nombre del producto, el propietario de la firma, su ciudad de origen, entre otros datos. El aceite de macasar Rowland y los perfumes de Monpelas dan cuenta de este fenómeno. En cuanto al agua de colonia Farina, si bien sus botellas no contaban con inscripciones, las mismas podían ser fácilmente reconocidas por su forma. Cada uno de los productos descritos fue famoso localmente. De esta manera, su mención en distintas memorias podría indicar la notoriedad que tuvieron en el pasado.

En esta narrativa me pareció importante utilizar citas textuales con el objetivo de mostrar las formas en que las prácticas de la *toilette* fueron relatadas. Llegado este punto, vale la pena aclarar que a lo largo del texto utilicé el término “*toilette*” –y no “tocador” – porque así lo mencionaban la mayor parte de los escritos de la época. Ello tenía una connotación especial, ya que la palabra francesa marcaba el origen de ciertas prácticas “artificiales” que se contraponían a las formas de hacer criollas –usualmente consideradas “más naturales”.

Las narrativas asociadas a los objetos de la *toilette* que se encontraron en contextos arqueológicos del siglo XIX permiten considerar algunas de sus particularidades. Al mismo tiempo, la cultura material recuperada por los investigadores permite comprender la circulación y el consumo de ciertos artículos por parte de la élite local. En este trabajo, lo público se relacionó con las opiniones presentadas en diarios y periódicos. A su vez, lo privado hizo referencia al ámbito doméstico: un espacio donde los individuos expresaron sus propias ideas mediante prácticas íntimas y cotidianas que se materializaron en el uso de distintos artículos. En este escenario, la relación entre lo público y lo privado permitió comprender que –más allá de las opiniones positivas o negativas sobre su uso– los cosméticos y perfumes fueron encontrados en las excavaciones de contextos domésticos pertenecientes a la ciudad de Buenos Aires del siglo XIX. De esta manera, la cultura material constituye una de las múltiples voces que permite construir la polifonía del trabajo.

En síntesis, las nuevas prácticas de la toilette fueron adoptadas por aquellos individuos que persiguieron un modo de vida francés; es decir, por aquellas personas que consideraron que Europa –y más específicamente Francia– era un modelo a seguir. Ello fue posible mediante el desarrollo de la industria de la toilette, que incrementó la variedad de productos disponibles. Sin embargo, hubo quienes consideraron que no todo lo relacionado con la “civilización” era aceptable. De este modo, parte de la sociedad llevó a cabo algunas prácticas de la toilette, mientras que otra parte decidió condenarlas.

Si bien no era completamente aceptable, la utilización de cosméticos por parte de las mujeres era –al menos– compatible con la supuesta frivolidad que se les atribuía. Según algunas personas, el uso de estos productos por parte de los hombres era absolutamente reprobable. A pesar de las opiniones negativas expresadas en distintos medios de difusión, tanto hombres como mujeres continuaron utilizando cosméticos. Por este motivo, las prácticas de la toilette se volvieron cada vez más comunes en el siglo XIX y repercutieron en las relaciones sociales entre mujeres y hombres, entre miembros de un mismo grupo social, y entre individuos pertenecientes a distintos sectores sociales.

En este trabajo, la polifonía mostró la convivencia de distintas voces dentro de un mismo grupo social. Estas últimas dieron cuenta de un momento de cambio que se caracterizó por la incorporación de nuevas prácticas y la ausencia de una postura oficial. Durante el siglo XIX, el Estado estuvo preocupado por regular algunas prácticas corporales (como la medicina y la higiene) que se consideraron especialmente conectadas con distintos problemas sociales. De este modo, ninguna institución estatal controló o reguló las prácticas de la toilette. Ante la ausencia de un discurso oficial que legitimara o sancionara este aspecto de la vida cotidiana, los individuos actuaron y juzgaron según sus propios cánones (Rigone 2006, 2007).

Sin embargo, con el objetivo de alcanzar mayor aceptación y consenso dentro de su grupo social, algunos miembros de la élite intentaron difundir y legitimar su postura mediante la publicación de sus escritos. Las opiniones en revistas, diarios y periódicos no sólo narraron acontecimientos del siglo XIX, sino que también intentaron aleccionar a las personas sobre cuáles eran los comportamientos socialmente apropiados. Como grupo, la élite se caracterizó por su heterogeneidad. Por este motivo, sus miembros no pudieron ponerse de acuerdo sobre el carácter definitorio de las prácticas de la toilette.

Para finalizar, dada la complejidad de las prácticas de la toilette en el Buenos Aires del siglo XIX, en este trabajo decidí incluir una variedad de voces –narrativas y cultura material– que me permitieron considerar los diferentes canales de información, opinión, consenso, disenso y recurrencia que coexistieron en la época. Mi intención fue construir una narrativa donde se integraran las distintas voces del pasado, incluyendo aquéllas especialmente contrastantes.

AGRADECIMIENTOS

La idea de escribir este trabajo fue sugerida por la Dra. María Ximena Senatore. Agradezco su apoyo y comentarios. Extiendo este agradecimiento a Floriana Beneditto y María del Rosario Sánchez por su colaboración, y a la Dra. Beatriz Rovira por sus comentarios a una versión anterior. Todo lo vertido en el trabajo es de mi exclusiva responsabilidad.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERDI, J.B. 1838. Paquetería. *La Moda: Gacetín Semanal de Música, de Poesía, de Literatura, de Costumbres*, Vol. 11:2-3.
- ALONSO, M.; ELISALDE, R. & VÁZQUEZ, E. 1994. *Historia Argentina y el Mundo Contemporáneo*. Aique, Buenos Aires.
- ANDRADE LIMA, T. 1996. Humores e Odores: Ordem Corporal e Ordem Social no Rio de Janeiro, Século XIX. *História, Ciências, Saúde - Manguinhos*, Vol. 2, N° 3:44-96.
- BURKE, P. 2004. *What is Cultural History?* Polity Press, Cambridge.
- CALZADILLA, S. 1944. *Las Beldades de mi Tiempo*. Estrada, Buenos Aires.
- CAMACHO, J. 1864. Los Polvos. *La Revista de Buenos Aires*, Vol. 3, N° 12:622-628.
- CARRETERO, A. 2000. *Vida Cotidiana en Buenos Aires*. Planeta, Buenos Aires.
- CARROLL, L. 1984. *A Través del Espejo*. Alianza, Madrid.
- CICERCHIA, R. 1998. *Historia de la Vida Privada en la Argentina*. Troquel, Buenos Aires.
- CORBIN, A. 1987. *El Perfume o el Miasma. El Olfato y lo Imaginario Social. Siglos VIII y XIX*. Fondo de Cultura Económica, México.
- COROMIRAS, J. & PASCUAL, J. 1980. *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*. Editorial Gredos, Madrid.
- CROCI, P. & VITALE, P. 2000. *Los Cuerpos Dóciles. Hacia un Tratado sobre la Moda*. La Mara, Buenos Aires.
- DÉCEMBRE, J. & ALLONIER, E. 1868. *Le Coup d'état du 2 Décembre 1851*. Décembre-Allonier editores, París.
- DEL BONO, J. 2000. Aquellos Horribles Remedios. *Todo es Historia*, Vol. 392:22-34.

- DEVOTO, F. & MADERO, M. 1999. Introducción. En DEVOTO, F. & MADERO, M. (Org.). *Historia de la Vida Privada en la Argentina*. Tomo I: País Antiguo. De la Colonia a 1870. Taurus, Buenos Aires. Pp. 8-21.
- DWECK, A. 2002. *Natural Ingredients for Colouring and Styling*. International Journal of Cosmetic Science, Vol. 24:287-302.
- GENETTE, G. 1976. Boundaries of Narrative. *New Literary History*, Vol.: 8, N° 1:1-13.
- JOYCE, R. 2006. Writing Historical Archaeology. En HICKS, D & BEAUDRY, M. (Org.). *The Cambridge Companion to Historical Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge. Pp. 48-65.
- MALDONADO, J. 1939. *La Córdoba de mi Infancia*. El Ateneo, Buenos Aires.
- MANSILLA, L. V. 1955. *Mis Memorias*. Hachette, Buenos Aires.
- MELLADO, F. 1855. *Enciclopedia Moderna. Diccionario Universal de Literatura, Ciencias, Artes, Agricultura, Industria y Comercio*. Establecimiento de Mellado, Madrid.
- MOZER, H. 2005. "I WANT a Hero": Advertising for an Epic Hero in Don Juan. *Studies in Romanticism*, Vol. 44, N° 2. <http://www.enotes.com/periodicals-journals>
- MUNSEY, C. 1970. *The Illustrated Guide to Collecting Bottles*. Hawthorn Books, New York.
- MYERS, J. 1999. Una Revolución en las Costumbres: Las Nuevas Formas de Sociabilidad de la Élite Porteña, 1800-1860. En DEVOTO, F. & MADERO, M. (Org.). *Historia de la Vida Privada en la Argentina*. Tomo I: País Antiguo. De la Colonia a 1870. Taurus, Buenos Aires. Pp. 111-145.
- PÉRGOLA, F. & GARCÍA PUGA, A. 2002. Breve Historia del Agua Potable. *Historia*, Vol. 85:28-46. Buenos Aires.
- QUESADA, V. G. 1942. *Memorias de un Viejo*. Solar, Buenos Aires.
- RIGONE, R. 2006. *Cultura Material y Prácticas del Cuidado del Cuerpo en la Ciudad de Buenos Aires en el Siglo XIX*. Tesis de Licenciatura. Facultad de Filosofías y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Ms.
- _____. 2007. Discursos, Prácticas y Materialidad del Cuidado del Cuerpo en la Ciudad de Buenos Aires en el Siglo XIX. En *II Jornadas Interdisciplinarias: Fuentes e*

- Interdisciplina*. Instituto Multidisciplinar de Historia y Ciencias Humanas, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Buenos Aires. Pp. 57-66.
- ROBIN, C. 1855. *Historie Illustrée de L'exposition Universelle*. Furne Libraire-Éditeur, Paris.
- ROMERO, J. L. 1983. La Ciudad Burguesa. En ROMERO, J. L. & ROMERO, L. A. (Org).
Buenos Aires, Historia de Cuatro Siglos, Tomo II. Abril, Buenos Aires. Pp. 9-18.
- SAULQUIN, S. 1997. *La Moda en la Argentina*. Emecé, Buenos Aires.
- STRACHAN, J. 2007. *Advertising and Satirical Culture in the Romantic Period*. Cambridge University Press, Cambridge.
- SULLIVAN, C. 1994. Searching for Nineteenth-Century Florida Water Bottles. *Historical Archaeology*, Vol.: 28, N° 1:78-98.
- TOLOUSE, J. 1970. High on the Hawg or How the Western Miner Lived, as Told by Bottles He Left Behind. *Historical Archaeology*, Vol. 4:59-69.
- VERDEVOYE, P. 1994. Costumbres y Costumbrismos en la Prensa Argentina desde 1801 hasta 1834. *Serie de Estudios Académicos*, Vol. 32. Academia Argentina de Letras, Buenos Aires.
- WILKIE, L. 2006. Documentary Archaeology. En HICKS, D & BEAUDRY, M. (Org.).
The Cambridge Companion to Historical Archaeology. Cambridge University Press, Cambridge. Pp. 13-33.
- WHITE, H. 1984. The Question of Narrative in Contemporary Historical Theory. *History and Theory*, Vol. 23, N° 1:1-33.
- _____. 1992. *El Contenido de la Forma: Narrativa, Discurso y Representación Histórica*. Ediciones Paidós, Barcelona.
- WEISSEL, M.; ZARANKIN, A.; PARADELLA, H.; CARDILLO, M.; BIANCHI VILELLI, M.; MORALES, M.; GUILLERMO, S. & GÓMEZ, M. 2000. *Arqueología de Rescate en el Banco Central de la República Argentina*. Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires, Argentina.
- YAMIN. 1998. Lurid Tales and Homely Stories of New York's Notorious Point Five. *Historical Archaeology*, Vol. 32:74-85.